

Hart, P. (2014) *La Gran Guerra 1914 – 1918. Historia militar de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Crítica. 562 páginas.

Por Mariano Millán



El libro de Peter Hart es sin lugar a dudas una muy interesante historia militar de la primera guerra mundial. La construcción teórico - metodológica de la obra gira en torno al concepto de *rostro de la batalla*, acuñado en los años '70 del siglo pasado por el historiador militar británico John Keegan. Lo que se intenta rescatar desde este enfoque es precisamente la experiencia de la batalla, no tanto desde el punto de vista de los números, que están presentes, sino más bien desde la perspectiva que tenían los participantes acerca de la misma lucha en el terreno. En este sentido el trabajo de Hart abunda en excelentes documentos de jefes de Estados, altos mandos militares y también de oficiales y simples soldados rasos. Mediante aquellos materiales uno puede aproximarse de un modo más completo a la realidad de la guerra para los protagonistas: las disyuntivas políticas de los gobernantes, las alternativas estratégicas y tácticas de los grandes generales, el miedo y el dolor de los soldados que pelearon en las trincheras europeas.

El trabajo además es una historia militar completa, abarca todos los teatros de operaciones. El frente europeo occidental: Bélgica y Francia; el oriental, situado en Rusia, Polonia, el este del Imperio Austrohúngaro, los Balcanes, Bulgaria, Rumania, Grecia y el Imperio Otomano; el medio oriente: centralmente Irak, Irán y la Mesopotamia; el frente italiano donde terminaron por hundirse los Habsburgo; la lucha marítima, fundamentalmente en el Atlántico, y la articulación de un frente aéreo, con la introducción de la aviación.

Como buena historia militar está organizada cronológicamente, comen-

zando con los antecedentes donde se señala la existencia de una carrera armamentista europea, en la cual los principales Estados no solamente estaban aumentando y modernizando su arsenal, sino que también en varios de ellos se producían importantes reformas militares. Sin lugar a dudas, Alemania era el centro de una verdadera transformación en el reclutamiento y preparación de las tropas para la lucha a campo abierto en la era de las bayonetas, los fusiles y las ametralladoras. Rusia también había emprendido algunos procesos de modernización de sus fuerzas militares, sobre todo a raíz de la derrota frente a Japón en 1905, sin embargo la inconsistencia de su aparato burocrático había impedido que esas iniciativas tuvieran el mismo desarrollo que en el Estado germánico. No obstante estas afirmaciones, el Imperio zarista contaba con un ejército respetable y parcialmente preparado para el comienzo de la guerra.

Lo dicho hasta aquí no debe llevarnos a engaños. El autor reconoce que nadie estaba en condiciones para la guerra que luego se desarrolló. En todo caso los primeros éxitos de los germanos mostraban su mejor lectura del conflicto que se avecinaba, pero nadie suponía una guerra tan larga, costosa y cruenta.

Las victorias alemanas en la primera etapa del frente occidental son, en gran medida, el resultado de los avances hechos bajo la regencia del káiser Guillermo. Sin embargo, tras las derrotas iniciales Francia logró soportar la embestida, con un enorme sacrificio de sangre de su creciente ejército de infantería. En Europa Oriental la cuestión era, según Hart, sumamente interesante. Allí uno podía encontrar frente a frente a la fuerza de los Románov y la de los Habsburgo. Ambos imperios multinacionales, débiles política y administrativamente, más o menos atrasados en el desarrollo del capitalismo. Los dos se hundieron en la Gran Guerra. También relata las primeras dificultades experimentadas por los alemanes en Prusia Oriental y en Polonia, donde el ejército zarista lo tuvo inicialmente contra las cuerdas.



Pronto, luego de los primeros meses de batallas, el estancamiento se tradujo en el cavado de extensas trincheras. Frente a los nuevos desafíos que esta situación suponía llegaron las innovaciones armamentísticas y en las tácticas de guerra. En el frente occidental debutaron los gases venenosos y la artillería a gran escala. La mortalidad de este conflicto se multiplicó por miles, el horror de las masas humanas acribilladas y/o bombardeadas y/o envenenadas pudriéndose sus miembros en pozos dibujó el panorama cotidiano en las primeras líneas.

Para quebrar los tenaces sistemas de trincheras surgió la idea de “morder para no soltar”, que consistía en largos bombardeos de artillería, para pasar luego al avance de numerosas tropas. Esta táctica, inicialmente bautizada con pequeños éxitos, se mostró tan fútil como todas aquellas que se encaminaron a tratar de quebrar las líneas enemigas de manera frontal. En primer lugar debido a la deficiente precisión de la artillería. Durante el conflicto este factor se fue perfeccionando gracias a la acción de investigación llevada a cabo por la aviación. Naturalmente que el surgimiento de las fuerzas aéreas dio a luz los combates aéreos y los primeros ataques de aviación a infantería. También, otro producto del estancamiento fue el tanque, cuyos primeros modelos tuvieron escasos triunfos, pero ya al final de la guerra presentaban mayor contundencia y capacidad de acoplarse al trabajo de la infantería y la artillería.

Mientras tanto, en el mar, Hart señala que la orientación estratégica alemana consistía en causar el mayor daño posible a la flota británica, a sabiendas de que resultaba imposible vencer en ese terreno. Efectivamente durante los primeros años la marina teutona causó importantes trastornos en diferentes puntos del planeta. La aparición del submarino y de pequeños contingentes de embarcaciones con poderosa artillería, con excelentes y modernos sistemas de comunicaciones, fue una dura prueba para la mejor flota del mundo. Los ingleses intentaron liquidar el grueso de



las fuerzas alemanas, con victorias pírricas como la de Jutlandia, pero sin embargo hacia 1917 lograron realizar también ciertos cambios tácticos como el sistema de comboyes o el perfeccionamiento de sus comunicaciones que concluyeron por cercar a los alemanes.

El estancamiento de las trincheras en el frente occidental contrastaba con la movilidad en el este de Europa, donde los dos imperios que fenecieron en la guerra (Rusia y Austria - Hungría) cambiaban de manos ciudades y zonas. Este frente a su vez, considera Hart, trajo grandes dolores de cabeza para el alto mando alemán, que pensaba liquidarlo con premura para concentrarse en la lucha con Francia y Gran Bretaña. No fue así. A tal punto que Falkenhayn se vio obligado a trasladar permanentemente tropas al frente ruso, bajo las presiones de Luddendorf y Hindenburg (quién luego lo reemplazaría como máximo responsable militar de su Estado).

Los teatros periféricos también están presentes en el libro de Hart. Salónica, Gallípoli, Medio Oriente y Mesopotamia ocupan sus respectivos capítulos, organizados bajo la tónica de que el Imperio Británico buscaba allí reforzar su dominación colonial. En todos estos casos el autor destaca dos elementos: por una parte el alto costo de esta política, que en muchos casos como el de la península turca terminaron en el desastre; y por otra las complejas relaciones entre el mando local y la metrópoli, viéndose situaciones en las cuales la autonomía de las autoridades locales, como en India, terminó por agigantar un frente que debía ser mucho más limitado según la perspectiva global de la metrópoli.

¿Por qué venció la entente? Hart tiene una explicación sumamente compleja, que involucra varios factores. En primer lugar la cualidad de los aliados de cada bando. Los integrantes de la coalición comandada por el káiser se hundieron: el Imperio Austro-húngaro y el Imperio Otomano. Si bien ocurrió lo mismo con el zarismo, el impacto de su colapso fue absolutamente diferente. En primer lugar porque desde el punto de vista mili-



tar no significó un alivio instantáneo para los alemanes. El control del territorio conquistado en el Este resultaba un desafío que insumía ingentes esfuerzos después de la Revolución de Octubre. En segundo, y mucho más importante, a causa de que el descontento en las tropas y en el país visualizó con simpatía a la Revolución Rusa, aumentando la desobediencia y la insubordinación en el frente y la conflictividad social en el país.

En segundo lugar Hart muestra aquello que resulta evidente pero no por eso menos cierto: Alemania se agotó. Gran Bretaña y Francia contaban con extensos imperios de ultramar de los cuales llegaban, a medida que fueron solventando su política militar en el mar, crecientes cantidades de insumos y seres humanos listos para entrar en combate. A este factor debe agregarse la incorporación de los norteamericanos en 1917.

Sin embargo este segundo factor tiene un peso militar limitado. En realidad, Hart muestra que durante el conflicto armado se aceleró el desenvolvimiento de una carrera armamentista y, lo que es más importante, un desarrollo de la táctica y de las cuestiones tales como el reclutamiento y entrenamiento. En esta carrera los vencedores fueron las potencias de la Entente. La inicial tenacidad francesa contrastaba con la escuálida infantería británica, acostumbrada a la guerra focalizada en enclaves coloniales. Gracias a las iniciativas de Kitchener los británicos comenzaron el reclutamiento masivo y el entrenamiento de la infantería. Esta adaptación llevó los primeros dos años y medio del conflicto, pero resultó decisiva para su resolución. Algo similar dice nuestro autor acerca del rol norteamericano: un importante apoyo en la guerra en el mar y un flojo aporte en la guerra terrestre en el continente europeo.

Al mismo tiempo, como venimos mencionando, las tácticas también tuvieron su evolución. De las ofensivas ilimitadas de los primeros años de “morder para no soltar” ambos bandos fueron pasando a la graduación de



sus fuerzas en el terreno táctico, ordenando sucesivos avances y líneas para contener las contraofensivas.

Estas innovaciones tuvieron un salto importante con la artillería automatizada, que evitaba los vuelos de reconocimiento y el desplazamiento de grandes cañones, dejando de ese modo de presentar los indicios tan claros de una inminente ofensiva. Finalmente, las fuerzas de la entente abandonaron la noción de “morder para no soltar” por una idea mucho más completa de la ofensiva táctica: menos hombres pero mejor armados. Así, se combinaban los esfuerzos de la artillería, que hacia el final del conflicto trabajaba en base a oleadas y posiciones de diferente profundidad; los tanques, la aviación, la artillería móvil y la infantería, que trabajaba ya en pequeñas filas de no más de diez miembros a las que llamaban “orugas”. La simple fuerza bruta de la pólvora expresada en Verdún o el Somme, en tres años era una potencia mucho más precisa, detallada y multiforme. Las líneas alemanas comenzaron a quebrarse en buena medida por los factores antes descritos, y en otra a causa de la carencia de adaptación a estas novedades, estando a la vanguardia en 1914 y siendo los más retrasados en 1917 – 1918.

Por primera vez en cuatro años se habían quebrado las líneas de uno de los bandos. Durante 1918 la lucha fue encarnizada y sangrienta, pero Alemania estaba retrocediendo y finalmente fue derrotada por la Entente.

Pese a todas estas virtudes el libro de Hart tiene algunos elementos que merecen una atención crítica. En primer lugar se analizan con mucho mayor detalle las iniciativas militares de la Entente y dentro de éstas las occidentales, sobre todo las británicas y francesas. No tienen el mismo lugar en la narración los esfuerzos alemanes, ni que decir de los realizados por los rusos o aquellos llevados a cabo por el Imperio Austro-Húngaro u Otomano.

Por otra parte también es absolutamente explícito a la hora de señalar



las causas de la guerra: Alemania estaba descontenta con su lugar en el mundo y bajo una conducción política militarista y en condiciones de un escenario internacional carente de eficientes instrumentos diplomáticos terminó imponiéndose la opción por la guerra. Esta lectura no parece contemplar entonces la carrera armamentista de todos los Estados europeos en los años previos que el mismo autor describe en los primeros capítulos, así como tampoco hace justicia a los sistemas de equilibrios europeos. La diplomacia puede lidiar con determinadas contradicciones, pero no es el único mecanismo de la política internacional. Al mismo tiempo, lo que pensaban las conducciones políticas europeas era bastante similar durante el verano de 1914: para la navidad tenemos a los soldados en casa, como héroes. Pero “mi mano fuerza la de mi enemigo y viceversa”. Al fin y al cabo lo que se produjo fue una guerra nunca vista, a cuyos campos de batalla no asistieron ni padecieron los dirigentes y altos mandos que la declararon y condujeron. Por esos motivos, pasar del análisis de las causas a las culpas y responsabilidades puede esconder una mirada interesada.

